

JUEGO DE ESPEJOS



El laurel

Aquel árbol, el laurel, sentía nostalgia de su estado anterior. Algunas tardes anhelaba poder agitar, como blancos brazos que fueron, sus ramas; otras, se imaginaba que sus oscuras hojas perennes eran una larga y espesa cabellera de oro que el viento esparcía y desordenaba; o soñaba que corría, ágil y libre, por montes y prados.

Vana quimera. Sus diminutos pies delicados nunca dejarían de ser rudas y torcidas raíces hincadas en la tierra. Ni su vientre, cintura y pecho, que antes contemplaba con deleite en las corrientes aguas cristalinadas de los ríos, volverían a su carnal hermosura. Ahora una áspera corteza los cubría y deformaba.

¿De qué le servía ser un árbol sagrado y coronar con sus hojas la cabeza de poetas, guerreros y atletas si nunca más iba a poder volver a jugar, correr, danzar y divertirse con las demás ninfas del bosque, ella, Dafne, la más hermosa de todas las ninfas?

Pleberio y Melibea

Melibea y Calisto –como sabe bien quien ha leído *Las nubes* de Azorín–nunca volvieron a verse después de que Pleberio descubriera sus encuentros nocturnos.

Alertado por unos ruidos en la calle, bajó al jardín el padre de Melibea al tiempo que una sombra huía por una escala adosada a los altos muros que lo cercaban. No pudo reconocer a quien con tanta osadía le robaba su honor, ni luego Melibea, recluida bajo llave en una de las torres, le quiso revelar la identidad de su amante. Tenía la esperanza de que el mismo empeño que había puesto Calixto en seducirla, pondría ahora en liberarla de su encierro.

Pero ni apareció en los días siguientes ni le hizo llegar ningún mensaje. Por Lucrecia, su fiel criada, supo que, ejecutados públicamente sus criados Sempronio y Pármeno por la muerte de la vieja Celestina, y temiendo que saliera su nombre a la plaza con un nuevo escándalo, había decidido abandonar la ciudad e instalarse en otra donde nadie lo conociese.

Decepcionada, y ante la insistencia de Alisa y Pleberio, sus ancianos padres, accedió a tomar por esposo

a un comerciante viudo entrado en años.

Cuando a los pocos meses nació su hijo, pensó ponerle el nombre de Calixto, pero ni lo consideró prudente ni aquel niño merecía llevar el nombre de alguien tan cobarde y vil. Mejor que se llamase Pleberio, como su abuelo.

Nada le faltó al nuevo vástago que, como hijo único y heredero de una cuantiosa fortuna, recibió una educación regalada, sin que sus padres ni sus abuelos se negasen nunca a contravenir su voluntad ni a dejar de satisfacer sus cuantiosos caprichos.

Con la mocedad, impetuoso y temerario como era, pronto se vio envuelto en trifulcas y otros lances comprometidos que Melibea, con la ayuda de la vieja Lucrecia, siempre encubría y solventaba. Por mucho que lo reconviniera, no podía evitar que sus andanzas le evocasen su perdida juventud. Hasta que la discreción y la prudencia aconsejaron que era mejor que continuase sus estudios en otra ciudad.

Un día, siguiendo a un azor que se le había escapado, se adentró en el patio de una vieja casona. Alguien, una hermosa doncella, observaba desde un balcón sus esfuerzos por recuperarlo. Mas tuvo que desistir. Con no muy buenas maneras, un criado mal encarado le instó a que se marchase. Sosia era su nombre, o así lo llamaron desde el interior de la casa. Luego atrancó el portalón sin más contemplaciones.

Al día siguiente, de buena mañana, procuró el joven Pleberio recabar alguna noticia acerca de aquella lóbrega vivienda y su apenas entrevista moradora. Hija única, su padre, un ocioso hidalgo que había llegado a la ciudad dieciocho años antes y ahora viudo, la

guardaba celosamente. Apenas si salía los domingos a misa. Melibea se llamaba.

Señor de las nubes

¡Cómo se divierten a mi costa! Uno me golpea con su pipa; otro, tullido, imita burlescamente mis torpes movimientos. Todos, sin excepción, se ríen, se mofan de mis grandes alas blancas que arrastro, como remos que cuelgan de mis costados, por la estrecha y sucia cubierta.

De cerca, qué feo y cómico les parezco, a ellos, pobres marineros que contemplan con admiración mi vuelo majestuoso, indolente, cuando surco libre el azul del cielo.

Derribado, entre sus rudas y salvajes garras, en cambio, cómo me hacen ver con insolencia y orgullo lo inútil y vulnerable que soy lejos de las alturas, y cuánto placer sienten mostrándose superiores, despreciándome y humillándome, como si fuese uno de esos poetas malditos que deambulan por tabernas y tugurios.

Mas quejarse es de hipócritas. Es lo que tiene haber nacido albatros.

Horror

¿Tienen corazón las tinieblas? Pronto lo sabré si a la noche consigo abrirme paso entre las espesas hojas y llegar, no sin horror, a la última página.

Rouen

¡Locos! Los había recogido en una de las puertas laterales de la catedral y, tras ordenarle el joven galán que se pusiese en marcha, cerró de golpe la puerta del coche de punto y echó las cortinas.

Seis horas llevaba recorriendo calles y caminos, mas cada vez que los caballos, exhaustos, aminoraban el paso, una voz imperativa le ordenaba desde el interior: ¡No se detenga, siga!

Hasta el pescante, donde, aterido y muerto de sueño, intentaba no desatender las riendas ni descarrilar, le llegaban atenuadas las risas, los suspiros, el frufrú de las sedas y los encajes, algún que otro reproche mutuo, y siempre: ¡Adelante! ¡Más rápido!

Había recorrido parte de la ciudad, las afueras, bajado junto al río, y en ningún lugar le permitían pararse. Lo había intentado ante la estatua de Pierre Corneille, en la estación de ferrocarril, junto al Jardín Botánico, pero siempre, desde el interior del carruaje, la misma voz lo exhortaba a proseguir. Muerto de sed, y de hambre, miraba pasar las tabernas, el puerto con sus gentes, y nada, ni un instante de descanso, de sosiego. Y siempre las cortinas echadas.

Todo aquello, en una ciudad provinciana y aburrida como Rouen, podía ser muy romántico y muy excitante, pero él no estaba ya para esos trotes. Desde que había ensillado los caballos de buena mañana, no había parado un momento.

La culpa era de aquella dichosa novela de un tal Flaubert que tantos amantes se empeñaban en imitar. Con razón había sido prohibida.

El rapto

Primero lentamente, con paso rápido luego, casi al trote, el hermoso toro blanco se alejaba por la orilla del mar, sus relucientes cuernos alzados y a ellos asida la dulce muchacha que, confiada y feliz, reía y llamaba a sus amigas, cada vez más distantes.

De repente, una ráfaga brutal de aire casi la derriba y precipita, el mar todo olas y espuma abriéndose y cerrándose a ambos lados mientras su raptor, ahora poderoso y terrible, avanzaba sobre las aguas camino de Creta.

Tres hijos tuvieron, y nietos que fueron a su vez padres de otros hijos que surcando el mar se dispersaron por lejanas y extrañas costas. Ahora son millones, como las estrellas que en la noche acompañan a su mentido robador. Y, sin embargo, aunque continuamente la nombran a ella, la hermosa princesa fenicia raptada hace milenios, qué pocos guardan memoria de sus orígenes.

Hay noches en que sueña, no con un hermoso toro blanco cabalgado sobre las aguas sino con un furioso rebaño de toros negros que asaltan su territorio más íntimo y con ella en él se desposan. No saben que, arre-

batada por la fuerza incontenible de un deseo capaz de cruzar los mares más procelosos, también ella vino a esta tierra que ahora lleva su nombre.